



PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16 »
Por seis id.	32 »
Por un año.	60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administra-
cion, dirigirse al Administrador D. Sebastian
Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis- tracion ó por comisionado. . .	24 reales
Por seis id.	42 »
Un año.	80 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se
haya recibido en esta Administracion en letra
ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

RECUERDOS DE LA GRAN CAMPAÑA.

**¡Benunciados! ¡Oh bondad
de la Union que manda aquí!
Toda cuestion de entidad,
se resuelve por el CRI-
TERIO DE LA LIBERTAD.**

—¡Eh! buen hombre, ¿quiere us-
ted decirme por dónde se va al
Saladero?

—Por cualquier periódico.

Ayuntamiento de Madrid

POR EL CORREO INTERIOR.

Sr. Gil Blas:

Todo tiene su fin en este mundo; hasta los estados
de sitio; hasta el mando benéfico y paternal del gene-
ral Hoyos, y hasta el que los periodistas *escriban en*
blanco.

¡Ay! y cuánta es la inestabilidad de las cosas ter-
renas.

No estrañe Vd., amigo Gil Blas, si hoy, contrito y
arrepentido, como dirian Nocedal y Aparisi, me calo
las *tirillas* del filósofo y empiezo mi epistola con una
lamentacion á lo Cláros, ó con una tristísima y do-
liente despedida á lo pasado, tan triste y tan amar-
gamente apasionada, como la que dirigió el Sr. Esco-
sura á las Córtes Constituyentes.

¡Ay, amigo GIL BLAS! ¡Ah! y ¡*Quantum mutatus ab illo, homines qui suam proclamabant constantiam!*

Todo ha cambiado desde entonces; todo puede cambiar hoy, y todo cambiará en los días venideros.

Vea Vd. si no el más palpable ejemplo en esa tan renombrada Union liberal.

Halló la filosofal piedra, y permitame Vd. el inglicismo, en las arcas del Tesoro, y pensó como los muchachos, que dos cuartos y un día no se acaban nunca.

¡Misericordia humana! La piedra se ha disuelto, como el metal en el agua régia, y la pobrecita Union está a punto de disolverse en una olla de legía fuerte.

¡Desdichada Union liberal!

Un tiempo, disponia del hilo de oro para atar unos a otros sus heterogéneos miembros; pero hoy no cuenta ni con una simple tomiza, ó una lia de esparto.

Lo ha gastado *todo*, robo, TODO; hasta los principios de los demás partidos.

Para esa desdichada Union, cualquier estandarte le ha servido de bandera, y tan pronto ha desplegado al viento una tricolor, como enarbolado una manga de iglesia y empuñado por cetro un cirio en San Pascual.

Por eso no la conoce ni el padre que la engendró.

Por eso el Sr. Rios Rosas la desdén hoy, y acaso lance sobre ella mañana su tremebundo *anathema sit*; y la vea morir, sin condolerse de las penas que la causen sus remordimientos.

Por eso los miembros jóvenes luchan para separarse de esa monstruosa cortesana, que les contamina con sus humores, y que debilitan su energía, engañándolos con las migajas del banquete, y embriagándolos con unas copas del sudor de los pobres contribuyentes, convertido en un vino deleitable, al parecer, pero que suele hacer del hombre político un escéptico farsante, ó un torpe materialista.

Mas ¿qué digo, Sr. GIL BLAS? Todo esto y aun más sabe Vd.; porque no se ha olvidado de aquella tremenda crisis unionista, que teniendo una mayoría sujeta al *tácto de codos*, sucumbió de plétora de ambición, y entregó su *alma pobre* en manos del decrepito marqués de Miraflores.

¿Y qué será hoy de ella?

¿Qué hará esa desdichada cortesana, mal mirada y sin fuerza moral en su casa, desprestigiada en el exterior y aborrecida de sí misma?

¿Se atreverá á presentarse al público en el día solemne, haciendo gala de su traje, compuesto de los harapos que ha conseguido sustraer á todos los partidos?

Usted no lo duda, Sr. GIL BLAS, ni yo tampoco: es demasiado atrevida para que retroceda; pero la desdichada está hoy como la *Traviata*, y ha vestido ese traje, sin presentir que es la mortaja que llevará al sepulcro.

Perdone Vd., amigo, si en vez de cantar el *Gloria in excelsis* por el levantamiento de sitio, entone un *De profundis*.

Esto va en gustos y en caracteres.

Soy algo fatalista, y veo, que si nos han quitado el grillette del pié, ó mejor dicho, nos han aflojado un poquito la mordaza, es para ponernos un dogal.

Ya sabe Vd. que éste se fejó en el Senado y se le dará una mano de cera en el Congreso, á pesar de la oposicion del Sr. Mantilla y compañeros disidentes.

Aunque con pesadumbre, harán dimision de sus destinos muchos flamantes unionistas, por más que el duque de Tetuan saque el *Cristo* y les exhorte á la conciliacion.

Esta conciliacion no es posible al extremo á que han llegado las cosas. Si el golpe se para hoy, será para que descargue mañana con más fuerza.

Estamos en el momento supremo y es fácil que un hombre de alta talla entre los unionistas, vuelva á repetir:

Omnia pro dominatione serviliter.

Esta frase equivale á un *requiescat in pace* á la Union.

¡Pobre cortesana!

De *meditation* en *meditation*, de *misterio* en *misterio*, de *conjuracion* en *conjuracion*, consiguió, merced á su maquiavelismo, hacerse la interesante á los ojos de ciertas gentes y hasta se impuso como necesaria; pero amaneció el día, en el que cayendo la careta de su rostro, descubrió al mundo su debilidad y estenuacion, escitando la risa y la indignacion de los pueblos, y de los hombres pensadores.

¡Si Vd. supiera, Sr. GIL BLAS, lo que pasa en los conciliabulos unionistas y en los consejos ministeriales!...

Bermudez y Posada se tiran de la oreja.

Vega Armijo y Cánovas se recuestan á lo gran señor en sus poltronas y se miran con desden.

Calderon y Zavala, se disputan con calor.

Alonso Martínez contempla con espanto el cuadro;

y el general O'Donnell refunfuña por lo bajo como un perro dogo, y patea, y...

Habla Posada, y entre otros proyectos á lo Calomarde, lee el de imprenta, y al terminar la lectura exclaman todos; «ese es el escolló de nuestra perdicion.»

Echanse entonces en cara unos á otros sus desaciertos, y dicen á Cánovas, que se resiste, que tape la boca á los moderados nombrando á Lersundi capitán general de la Habana.

Crece el barullo, y grita entonces el duque de Tetuan: «Orden, señores, orden.»

Se restablece la calma, y todos á una voz interrogan al Sr. Alonso Martínez, diciendo:

¿Hay cuartos, cuartos, cuartos?

El ministro de Hacienda contesta: «¡Cuartos! desalquilados hay muchos en la corte, y tambien lo están las arcas del Tesoro. Sin embargo, tengo un trato entre manos, y si *cuaaja*, contaremos para vivir este mes y acaso el que viene; pero apurados estos recursos, ya no hay remedio, es preciso hacer almoneda ó baratillo.»

«¿Conque así estamos? Pues, sálvese el que pueda, y...»

De este modo, Sr. GIL BLAS, terminan casi siempre los Consejos.

Conclusion.

No tenemos un *cuarto*; llueven las medidas reaccionarias; la imprenta está amenazada de muerte; hay un profundo disgusto en el interior; está comprometida nuestra honra en el exterior, y la Union liberal se disuelve como la sal en el agua.

¡*Hossanna!* á los grandes hombres que nos han conducido á un estado tan próspero y feliz.

FABRICIO.

CANCION MARROQUÍ.

(IMITACION DE ZORRILLA.)

MOTE.

Yo soy O'Donnell—el marrullero,
de quien se aparta—Madrid entero;
yo, aunque me ciño—ducal corona,
soy en Madrid gilguero,
mirlo en Pamplona.

Estrofa primera.

Nadie conoce de mi conciencia
fin ni principio, ser ni presencia;
vivo en el aire como el mosquito;
siento y discuro como el granito:
tengo invisibles alas de rape;
y no hay cartera que se me escape;
hombre y espectro, señor y esclavo,
nada principio, todo lo acabo:
mas ¿cómo en todo mi ley impera?
¡Solo lo sabe Posada Herrera!

He ganado batallas
sin hacer fuego,
he saltado más vallas
que potro ciego;
y héroe ó caído,
sin servir para nada,
todo lo he sido.

¿Quién es O'Donnell?—Nadie lo sabe,
yo de mi *historia* guardo la *clave*,
y aunque el acero—mi nombre abona,
soy en Madrid gilguero,
mirlo en Pamplona.

Estrofa segunda.

Nací en Irlanda, nieto de reyes,
y desde niño no sé de leyes;
fui buen soldado, y en la campaña
grados y honores gané en España;
contra el Regente movi tumulto
y á duras penas escurri el bulto;
era exaltado, me hice realista;
pasé á los negros una revista;
hoy la sonrisa borda mi labio...
¿hay quien me niegue que soy un sabio?

Armé los nacionales
con Espartero,
me jugué en los portales
más que el dinero.
Y en su delirio,
hoy me ven los patriotas
llevando el cirio.

¿Quién es O'Donnell?—Nadie lo sabe:
muchos *misterios*—hay en mi *clave*,
y dueño entero—de mi persona,
soy en Madrid gilguero,
mirlo en Pamplona.

Estrofa tercera.

Mis ojos tienen en su pupila
de los del gato la luz tranquila,
y es mi sonrisa de niño bobo
la que en su aullido descubre el lobo;
mi voz es ágría como el lamento
que en Baracaldo repite el viento;

mi lengua torpe, mi alma de roca,
mi orgullo mucho, mi ciencia poca:
con tales dotes, ¿quién me aventaja
de nuestros hombres en la baraja?

Si del poder lanzado
pronto me veo,
me hallareis disfrazado
de rojo ó neo.
Y ¡ay si alguien priva!
¡que yo dispare siempre
de abajo arriba!

¿Quién es O'Donnell?—Nadie lo sabe;
no *meditemos*—sobre esta *clave*;
soy quien las leyes—quebranta fiero
y al que delinque—jamás perdona,
soy en Madrid gilguero,
mirlo en Pamplona.

M. del Palacio.

LA GUARDIA INVENCIBLE.

¡Cuán presto se enfrian las pasiones de los hombres! Opino como Figaro; en punto á pasiones, estoy por la de nuestro Señor Jesucristo.

Observen Vds. conmigo este fenómeno.

Antes del 10 de Abril.

—¿Qué opina Vd. de la guardia veterana, mi general?

—Que es una institucion benemérita, digna, grande, honrosa y honrada.

—Eso mismo digo yo.

—Pues tiene Vd. mucho talento.

El anterior diálogo lo mantenian O'Donnell y Posada; y Calderon Collantes decia *que sí* con la cabeza.

El 10 de Abril.

—Mi general, ¿ha visto Vd. lo que dice *La Democracia*?

—No.

—¿Y lo que dice *La Iberia*?

—Tampoco.

—¿Y lo que dice *Las Novedades*?

—Tampoco!

—Pues dicen, y yo con ellos, que la guardia veterana es un monstruo de mil cabezas.

—Tienen razon!

—Que ayer acuchilló al pueblo indefenso!

—¡Cierto!

—Y que es necesario pedir á todo trance la disolucion de ese Cuerpo.

—¡Hombre, es verdad! Vd. que trata al gobierno con franqueza, dígame que es un bruto.

—¿Que soy un bruto yo?

—No, el gobierno.

—¡Ah! sí, hombre, en seguida.

Y tomaron el camino del Senado. Porque los que tal hablaban eran el Sr. O'Donnell y el Sr. Calderon Collantes. El Sr. Posada los escuchaba y decia que sí con las orejas.

Despues del 10 de Abril.

El Sr. Calderon Collantes.—¡Gobierno de vándalos! ¡Has vertido más sangre que un barbero! Eres un hipopótamo. Disuelve esa guardia

al honor afrentosa, castellano,
como dijo el poeta.

El Sr. Posada.—No sabeis gobernar más que á fuerza de sangre. ¡Uf! ¡qué horror! ¿Y esa guardia, señores, y esa guardia? ¡Háganme Vds. el favor de disolverla, que me voy á poner malo!

O'Donnell.—Y yo me indenticó y me ingerto en la opinion de esos señores.

A pesar de todo, la guardia no se disolvió.

21 de Marzo de 1866.

«La guardia veterana es una de las cosas más decentes y estrepitosas que hoy tenemos nosotros los gobiernos. Por consiguiente, queda limpia de polvo y »paja, libre del anatema que le lanzamos cuando es- »tábamos un poquito *acoloradillos*, y estamos dis- »puestos á darle un beso al guardia de la esquina.— »El presidente del Consejo de Ministros, Leopoldo »O'Donnell.»

Fin de fiesta.

GIL BLAS tiene el honor de invitar á Vds. á la colocacion de la primera piedra para elevar un monumento al caballo número 72, que tendrá lugar en medio del Campo de Guardias.

Eusebio Blasco.



— ¡Me está osté jasiendo muchísima é la grasia con ese moo que tie osté de goberná!; Choque ósté!
 — Aun liene Vd. que ver mas, si vivimos.
 — Pero, camaraita, pa entre nos, creo que pa ezo bastaba con mi presoniya.

FOTOGRAFÍA CÓMICA DE LAS CÓRTEES.

Incompatibilidades.

Empezó la discusion del voto particular de los señores Nocedal y Cláros.
 ¡Discusion fecunda, lo juro sobre la barba rubia del señor Romero Robledo!
 El voto particular pide la incompatibilidad absoluta entre el cargo de diputado y todo empleo del gobierno ó de la casa real.
 Al oír esto, figúrense Vds. qué cara pondría esa respetable mayoría de empleados que apoya hoy á este gobierno y que quizá mañana apoye al que le suceda.
 Al oír esto, me parece escuchar diálogos ventrilóquos en el interior de algunos apreciables sujetos.
 Diálogos de arriba abajo, desde la guardilla al principal, desde la cabeza al estómago.
 La cabeza.—Eh, compañero, ¿has oído?
 El estómago.—¿Qué pasa, vecino?
 La cabeza.—¡Una friolera! El Sr. Nocedal pide que ningún empleado pueda ser diputado, ó para que lo entiendas mejor, que ningún diputado coma del presupuesto.

El estómago (dando un retortijón).—¡Canario!
 La cabeza.—¿Qué te parece la broma?
 El estómago.—Que eso no puede ser. «¿Qué pedazo de pan dan á un diputado al darle esa independencia?»
 La cabeza.—¿No te gusta la idea?
 El estómago.—No, mil veces no, y al sólo anuncio de esa idea, estoy seriamente alarmadito.
 La cabeza.—Tranquilízate, yo buscaré recursos para vencer al contrario. Yo diré por boca del Sr. Romero Robledo, que la benemérita y leal clase de empleados puede hacer grandes servicios á la patria, viniendo aquí á votar parte de lo que ella se come; yo diré por boca del Sr. Cuesta, que la incompatibilidad absoluta es un divorcio entre la administración y el poder legislativo; yo diré por la boca y por la nariz del Sr. Escosura, que si los empleados no vienen al Congreso, ¿dónde ha de ir la corona á buscar ministros?
 Y, en efecto; los diputados de la Union liberal atacaron el proyecto de incompatibilidades, y los empleados aplaudieron.
 —¡Qué salga el autor!
 —Respetable público; no es autor, que es autora, y se llama la Nómima.
 —¡Vivaaa!
 Hé aquí lo que significa la famosa discusion sobre incompatibilidades.

Chismes.

¡Supremo instante!
 Era miércoles por la tarde y la discusion estaba en punto de caramelo.
 Defendía Nocedal su voto, cuando el presidente le mandó callar.
 ¿Qué ocurre de grave? ¿Ha resuelto Posada alguna cuestion por el criterio de la libertad? ¿Han dejado cesante á algun individuo de la mayoría? Nuestra marina en Chile, ¿ha armado la gorda?
 Los diputados pueblan los bancos; se encienden las luces; suena la campanilla... ¡Aquí va á pasar algo!
 Levántase el ministro de Hacienda y dice:
 —Señores diputados: me han dicho que dicen algunos que un señor diputado pedía explicaciones al ministro de Hacienda sobre lo que dice un periódico, refiriéndose á lo que yo dije ayer en el salon de conferencias al Sr. Moyano.
 El auditorio.—¡Chis, silencio! ¡Esto es solemne! ¡Han dicho... el ministro dice... ¡Ah, oh!
 El Sr. Torrecilla.—Yo he dicho que La Epoca decía que el ministro había dicho al Sr. Moyano que no le preguntase nada sobre negociaciones entabladas.
 El Sr. Cardenal.—Eso he dicho yo tambien.
 El señor ministro de Hacienda.—Señores, yo dije algo de

eso, pero no he dicho lo otro, y digo además que tenía razón.

El Sr. Moyano.—Yo estaba ayer en el salón de conferencias y me dijo algo el ministro, autorizándome para decirlo yo; así es que se lo dije á algunos amigos, y estos se lo dijeron al director de La Epoca, el cual se lo dijo en confianza al público.

El auditorio (asombrado).—El otro dijo, este ha dicho, La Epoca dice!... ¡ah! ¡oh! ¡silencio, silencio! ¡A ver qué dicen!

El Sr. Moyano.—Señores, lo dicho por el Sr. Torrecilla es cierto, y también lo que dice La Epoca: sólo me resta añadir que si yo dije aquello, fué por lo que dijo el duque de Tetuan.

El duque de Tetuan.—Yo no he dicho nada.

El señor ministro de Hacienda.—En lo dicho por La Epoca hay ofensa á la dignidad del ministro, porque yo no he dicho lo que ha dicho este, ese y aquel.

El señor Presidente.—Con lo dicho se levanta la sesión.

El auditorio.—¿Me quiere Vd. hacer el favor de decirme qué han dicho?

GIL BLAS.—¡Chismes!

Siguen las incompatibilidades.

El jueves se puso por fin á votación el voto particular de los señores Nocedal y Cláros.

El Sr. Posada Herrera se levantó á decir que la cuestión no era ministerial ni de gabinete, y que dejaba en libertad á los señores diputados para que votasen lo que tuvieran conveniente.

Y empezó la votación, abandonando la presidencia el señor Ríos y Rosas.

Mal jaleo se armó en los bancos. El voto particular fué tomado en consideración.

Los defensores de los pobres empleados-diputados, perdieron por 75 votos contra 93.

¡93! ¡Qué cifra tan elocuente y tan gloriosa!

¡El 93 de la Unión liberal!

La verdad es que la mayoría ha quedado completamente dividida.

Ha triunfado el espíritu de la incompatibilidad absoluta.

El Sr. Nocedal pasó á ocupar el banco de la comisión detrás del de los ministros, no sin hacer á estos una graciosa reverencia.

Cuentan que O'Donnell decía:

—Nos la han jugado de puño.

En cambio los señores Romero Robledo, Cuesta, Ríos y Rosas (D. Francisco) y Escosura, andaban dispersos por aquellos bancos sin encontrar sitio á propósito, y como preguntando:—Pero señores ¿qué es esto? ¡Conque nos echan!

Por nuestra parte, vamos á terminar haciendo algunas observaciones á los señores diputados.

El voto del Sr. Nocedal significa la incompatibilidad del cargo de diputado con todo empleo público.

No os olvideis también de pedir la incompatibilidad con los grandes empleados en los Consejos de administración de los ferro-carriles y Sociedades de Crédito.

Esta reforma, tenedlo presente, si ha de significar algo en sentido liberal, es preciso que no vaya aislada, porque entonces logrará el Sr. Nocedal lo que se propone:—la muerte del sistema parlamentario.

Una ley absoluta reclama las demás hermanas: absoluta libertad de la prensa, sufragio universal y libertad de enseñanza; porque si todos los españoles estamos obligados á sufrir las cargas del Estado, justo es que todos participemos de los mismos derechos.

¿Os asustan las leyes absolutas?

Pues haceis una solemne tontería votando la de incompatibilidades, y el Sr. Nocedal se reirá de vosotros.

—Y lo más triste es que también se reirá el Sr. Cláros! Del enemigo, el consejo.

Luis Rivera.

CABOS SUELTOS.

El de los tiritus.

Hubo en cierto pueblo de Castilla un buen señor que mandaba en todo.

Usaba este señor botas de montar, sombrero de tres picos y acento gallego.

Nunca pudo decir claro:—¡Que den á Fulano cuatro tiros!

Siempre decía:—¡Que le peguen cuatro tiritus!

Cuando el de los tiritus se hizo cargo del mando, oyó esta frase de boca de un ministro:

—Ea, ya manda Vd. solo.

—¿Solu, eh? ¿Es decir que puedo fusilar también á los ministros?

Pocas noches después, en una reunión de las pocas que permitía el hombre de los tiritus, se habló de la conducta observada por la guardia veterana en la noche de San Daniel.

Estaba presente un oficial de este Cuerpo, al cual se dirigió el de los tiritus, diciéndole:

—Buena puntería hicieron Vds. en aquella noche! Es verdad, que ahora gastan Vds. unos escopetus de mil diablus... ¡como que alcanzan cien tuneladas!

Un día vino el empresario de la Plaza de Toros á casa de esta autoridad.

—Señor, le dijo, vengo á que V. E. me permita anunciar para mañana una función de toros embolados.

—¿Embolados, ha dicho Vd. embulados? ¡Me parece que quien le va á embular á Vd. soy yo!

Se publicaba un periódico con caricaturas, como Gil Blas.

Un día se presentó en casa de esta autoridad un dependiente de la administración del periódico, y el de los tiritus le preguntó:

—¿A qué viene Vd.?

—Vengo á saber si se ha dado el pase á las caricaturas.

—¡Ah! ¡Vd. es el de los monus! ¡Pues mire Vd., al primer monu que salga en ese periódico, lu fusilu!

El periódico se vió en la precisión, para dar gusto al de los tiritus, de publicar monas.

Otro día le dió gana á un periódico de publicar el sainete de D. Ramon de la Cruz titulado, *El Buñuelo*.

El de los tiritus leyó con asombro el título y algunos versos, y exclamó:

—Buñulitus á mil A ver, que me traigan á D. Ramon de la Cruz, atadu codu con codu.

—Señor, si D. Ramon de la Cruz hace mil años que se murió!

—Esu le salve.

Para concluir.

El hombre de los tiritus, formuló un proyecto de ley de imprenta, que no contenía más que estos dos artículos:

1.º No se permite escribir en blanco en los periódicos de mi mandu.

2.º No se podrán dar en los periódicos de mi mandu otras noticias que las de la *Gaceta*, y esas sin comentarios ni culetas.

¡Adorable autoridad, simpática autoridad! Yo le daría un beso, españoles.

Se ha representado en el Circo un drama titulado, *Herir en la sombra*.

Si no hubiera yo sabido que el drama era de dos literatos, hubiera creído que era de O'Donnell ó de Narvaez.

Gramática unionista.—Declinacion.

NOMINATIVO. (*El país*).—¡El turron!

GENITIVO..... (*La mayoría*).—¡Del turron!

DATIVO..... (*España*).—Para el turron.

ACUSATIVO... (*Los vicalvaristas*).—¡Al turron!

VOCATIVO.... (*Los moderados*).—¡Oh turron!

ABLATIVO.... (*Todos*).—Con, de, en, por, sin, sobre el turron!

Una escena del César.

O'Donnell.—¡Yo soy muy liberal, todos lo saben!

Un moderado, á un neo.—¡Don Felipe, qué actor!

El neo, al moderado.—¡Qué actor, don Diego!

GIL BLAS (*al país*).—¿Lo has oído? ¿Lo has visto, mamaracho? ¿Duermes, Bruto?

El país (*muy tranquilo*).—¡Pues claro está que duermo!

¡A qué grandes parodias se presta el *César* de Ventura de la Vega!

Por ejemplo:

POSADA HERRERA.

Plumas para escribir, las muestras solo;

victima, el periodismo. Sentenciado

por mis leyes está; que la sentencia

ejecuten los guardias veteranos.

¿Cómo, si no, sobre el país inerme

alzará yo la voz; yo tan colmado

por él de beneficios y de elogios;

tan querido otro día, que al matarlo,

fuera Pepe el peor de los actores,

¡si no fuera el mejor de los payasos!

Y este otro pasaje:

Como se esconde

tras el inerte pedernal la llama,

fuego graneado en la censura hierva;

hable un fiscal, y meterá la pata.

Ya sabrán Vds. que hace pocos días dió el duque de Tetuan una comida de treinta y tantos cubiertos.

Lo que probablemente no conocerán Vds. es el programa de la comida.

Era este:

Entradas.—La de Zabala en Madrid, y la del teatro de la Zarzuela. Poca cosa.

Entremeses.—Discursitos de Cláros y otros escesos.

Platos fuertes.—El de las Animas, y el primero que rompió en su vida el Sr. de Posada (D. José).

Principios.—Todos los que ha defendido la Unión liberal.

Postres.—Empanadas de la Unión; picadillos de la mayoría con la minoría; pasteles de Escosura, y frutas del tiempo; es decir: opresión, represión y miedo.

Hablar en chino.

Cong-makon-kon-kon-ma-comp

incomp-

Ti-suti-mesti-lastib

atib-

Suli-mili-bali-rad

-ilidad.

¿Puede existir claridad

en esta lengua perruna?

¡Ahí tiene usted lo que es una

incompatibilidad!

¡Cielos! ¿será verdad que desde Abril

nos va á lanzar el Banco, voto á Roque,

una nueva emisión de cuatro mil?

¡Desdichado de aquel á quien le toque!

Siguen en estado de sitio Castilla la Vieja, Aragón, Valencia y Cataluña.

Solo se ha levantado en Madrid el estado de sitio para dar gusto á los señores.

Esto es, á los señores que nos denuncian.

El Sr. Escosura, diputado de Unión liberal,—como él se llama,—defiende calurosamente á los diputados con empleo.

Conforme con su sentir dijo un diputado feo, que al defender el empleo defiende su porvenir.

La comisión que combatió el voto particular del Sr. Nocedal, la componían los Sres. Romero Robledo, Escosura, Cuesta y Ríos Rosas (D. Francisco).

Los tres primeros hablaron. El último los aplaudía: esto es, hacia de *claque*.

¡Un Ríos y Rosas *claqueur*!

Ayer ha vuelto á hablarse de crisis.

Las candidaturas más corrientes eran: la de Ríos Rosas y la de Miraflores.

Los dos nombres me parecen muy aromáticos, pero las dos candidaturas me huelen mal.

Ayunos perpétuos.

Los ministerios españoles observan ayuno perpétuo de Constitución, con abstinencia de Cortes,—cuando no tienen mayoría.

La prensa de oposición, ayuno perpétuo de libertad, con abstinencia de crítica ó censura sobre las arbitrariedades del gobierno.

El partido progresista, ayuno perpétuo de participación en el poder, con abstinencia de intervención en las elecciones.

El teatro de la Zarzuela, ayuno perpétuo de obras buenas, con abstinencia de público.

Los traductores de comedias francesas, ayuno perpétuo de gramática, con abstinencia de sentido común.

GIL BLAS, ayuno perpétuo de formalidad, con abstinencia de bombo.

Los Sres. D. Antonio M. Segovia y D. Pedro Felipe Monlau, han descubierto en su reciente viaje á Turquía, que en Constantinopla se publica un periódico español.

No lo extraño; aquí se escriben en turco casi todos los periódicos ministeriales. Por eso el país suele cantarles en coro aquello de: *Eres turco y no te creo...*

Cuando Escosura hablaba el miércoles en el Congreso, dos diputados, uno por Cádiz y otro por Cataluña, se preguntaron al oírle nombrar á Juan Sin Tierra:

—¡Hombre! ¿Quién será ese Juan Sin Tierra á que alude Escosura?

—¿Quién ha de ser, compañero? No puede ser otro que D. Juan Prim, por eso de que no le dejan estar en ninguna parte.

—Al palacio de Junqueira, dicen que don Sebastian se vuelve esta *quinta-feira*: ¿cómo le recibirán? —Tocándole la muñeira.

Parece que el Sr. Alonso Martínez recibió con mucho salero á los diputados gallegos, que fueron á hablarle de la cuestión de sales.

Lo primero que los diputados le dijeron, fué: ¡sal! Y él, creyendo que le hablaban del ministerio, respondió en el mismo tono:—no me da la gana.

Gilblasiana.

Como busca marido la jamona, como el ratero busca mi baul, como busca un empleo el unionista, así me buscas tú.

Como quiere el pez grande al más pequeño, como á la liebre el galgo volador, como á la libertad quiere Posada, así te quiero yo.

Si los dos nos hallamos algun día, si chocamos por fin... ¡No me atrevo á decirte, vida mía, lo que será de tí!

GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS.

Número 29.

En Valencia nació: nuevo Garulla, no hay nadie que sus tramas no recuerde; por él existe en Cádiz quien va al verde, y quien con su riqueza mete bulla.

Cuando pretende hablar, dicen que aulla; cuando á alguno acaricia, araña y muerde; el que espera algo de él, el tiempo pierde; el que le mate, matará una grulla.

Tiene mucha fortuna, y poco seso, su facha es de figura de retablo, no tiene gravedad, aunque sí peso.

Y según cierto amigo, que es el diablo, más que ocupar un sitio en un Congreso, lo debiera ocupar en un establo.

EDITOR RESPONSABLE, D. SANTOS SALMERON.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 12.